



Editorial / Editorial / Editorial

Los compromisos de las (etno)musicologías y otras disciplinas igualmente sensibles

Miguel A. García

El escritor mozambicano Mia Couto recibió, en el año 2015, el título de Doctor Honoris Causa en Humanidades, en la especialidad Literatura, por la Universidade Politécnica de Maputo. El siguiente pasaje forma parte de la conferencia que ofreció con motivo del otorgamiento de dicho título:

Escrevi uma vez que a maior desgraça de um país pobre é que, em vez de produzir riqueza, vai produzindo ricos. Poderia hoje acrescentar que outro problema das nações pobres é que, em vez de produzirem conhecimento, produzem doutores (até eu agora já fui promovido...). Em vez de promover pesquisa, emitem diplomas. Outra desgraça de uma nação pobre é o modelo único de sucesso que vendem às novas gerações. E esse modelo está bem patente nos vídeo-clips que passam na nossa televisão: um jovem rico e de maus modos, rodeado de carros de luxo e de “meninas fáceis”, um jovem que pensa que é americano, um jovem que odeia os pobres porque eles lhes fazem lembrar a sua própria origem. É preciso remar contra toda essa corrente. É preciso mostrar que vale a pena ser honesto. É preciso criar histórias em que o vencedor não é o mais poderoso. Histórias em que quem foi escolhido não foi o mais arrogante mas o mais tolerante, aquele que mais escuta os outros...¹

Sin digresiones ni ornamentos, con la poética de la simpleza y la convicción, las palabras de Mia Couto despiertan sentimientos encontrados: inquietan y vivifican. Inquietan porque ponen en evidencia situaciones incómodas. Vivifican porque ofrecen un ideal y un sujeto con los cuales identificarse y, sobre todo, porque apuntalan el sueño de esa utopía irrenunciable que proclama un orden sin privilegios. En pocas líneas Mia Couto interpela a la academia, a la industria de la música, a los medios masivos de comunicación y, por ende, nos interpela como investigadores/as y como especialistas en música. No es difícil trasladar el espíritu de esos interrogantes a nuestros campos de estudio: ¿qué historias crean nuestras disciplinas?, ¿son historias que reman contra la corriente?, ¿son historias que escuchan a los otros?, ¿cuán implicadas están estas historias en la lucha contra la desigualdad, la invisibilización del otro, el poder colonizante de los medios de comunicación y la voracidad del capital?

¹ “Aula de Mia Couto durante a cerimónia Doutor Honoris Causa” <http://www.folhademaputo.co.mz/pt/noticias/nacional/aula-de-mia-couto-durante-a-cerimonia-doutor-honoris-causa-completa/> [Acceso: 6 de julio de 2018].



Desde la conformación de las áreas de estudio que tienen como objeto de reflexión la música y el sonido, hemos sido partícipes del surgimiento, ocaso y superposición de varias teorías y métodos. Hasta aproximadamente la década de 1970, las teorías y los métodos más valorados eran aquellos que descollaban como los más eficientes, los que más ayudaban a darle especificidad al área de estudio –aunque abrevaran de otras disciplinas–, los más “asépticos” y/o los más holísticos. Aunque estos criterios de evaluación nunca desaparecieron, la desconfianza en el pensamiento científico eurocentrado que germinó en las ciencias sociales y las humanidades en general, dio lugar a la emergencia de un nuevo parámetro de ponderación. Hoy en día una teoría y un método son valorados si propician un desempeño sensible del/a investigador/a a las inequidades, las injusticias y la exclusión, y si conllevan alguna capacidad o anhelo transformador. Desde la década de 1970, las denuncias contra lo unívoco, la limitación de los derechos y las desigualdades ganan terreno sobre la búsqueda de la rigurosidad, la objetividad y la “verdad”. Cuán compatibles son estas dos perspectivas, es una pregunta ardua para responder, aunque no hay duda de que quienes adoptan ambas deben sobrellevar a diario contradicciones de distinto tipo, al punto de poner en riesgo el propósito rector de sus campos de estudio: la investigación.

Los ecos de teorías y métodos transformados y transformadores, o sensibilizados y sensibilizadores, aparecen en los estatutos y comunicados de las instituciones, en los encuentros científicos, en las publicaciones y en las aulas. Por ejemplo, en la página web del *International Council for Traditional Music* leemos que unos de sus objetivos es:

To bring together music and dance scholars, as well as artists, cultural activists, policy makers, and other individuals, collectives, and institutions in pursuit of equality, social participation, human rights, and sustainability in the performing arts².

Asimismo, en los últimos años, varias organizaciones se han manifestado formalmente contra las políticas racistas, el maltrato a los migrantes, la desidia de los estados en la financiación de las instituciones del área y la reducción de cargos docentes y de investigación. Los mismos ecos se escuchan en los congresos y publicaciones mediante declaraciones que denuncian la existencia de presos políticos, la carencia de libertad de expresión, la desigualdad de género, el incremento de la pobreza y el acceso restringido a los estudios universitarios, entre otros males. Si bien no se trata de un escenario homogéneo, lo cierto es que somos protagonistas de un incremento de la denuncia y de la politización de los discursos y las prácticas de nuestras áreas de estudio. Esta tendencia sintoniza muy bien con las ideas de Mia Couto. Pero el/la escritor/a, al igual que el/la músico/a, en estos menesteres parece tener una ventaja con respecto a quienes estudiamos las músicas y otras prácticas sonoras: la denuncia es plenamente concurrente con su profesión, pues, la acción misma de denunciar, aun en su manifestación más descarnada e ideológicamente marcada, puede ser el sustento de sus poéticas, historias y *performances*. En nuestro caso, compatibilizar la denuncia con las rutinas y los espacios institucionales siempre requiere de un ejercicio de acomodamiento que implica administrar

² <http://ictmusic.org> [Acceso: 7 de julio de 2018].

incertidumbres y contradicciones para no abandonar la investigación. Desafío tan vivificante como las palabras de Mia Couto. La pregunta es si la aceptación de este desafío conducirá tarde o temprano a que los/as estudiosos/as de la música comprometidos/as con la construcción de un mundo menos violento y jerarquizado tengan su propia Tesis XI.